

¿Tiene usted ya
el lujoso

Almanaque

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

con el que se regala
un estupendo

ALBUM

(cubiertas de cartón y papel tela)

para coleccionar las
postales del año 1924?

¡ÉXITO MUY JUSTIFICADO!

SE VENDE EN TODA
ESPAÑA Y AMÉRICA LATINA

E. VERDAGUER MORERA - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 145

25 cts.



EL LIRIO
DORADO

POR

MÄE MURRAY
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 145

El Lirio Dorado

Sentimental comedia, interpretada por la
eminente y original «estrella»

Mäe Murray

Paramount Pictures Corporation

EXCLUSIVA DE **Seleccine S. A.**

Programa Ajuria Especial

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
VIVIAN MARTIN

El Lirio Dorado

Argumento de la película de dicho título

Pintar el lirio o poner sobre una violeta una gota de perfume, es un ultraje a la belleza.

"El Lirio Dorado" era una muchacha de nobles sentimientos que ocultaba un corazón de oro bajo las plumas y sedas de su ropaje habitual. Arrastrada por las circunstancias de su vida a la profesión de bailarina, en la que había conseguido éxitos clamorosos, se sentía, no obstante, fuera de su centro en aquel ambiente en el que su puro corazón se ahogaba teniendo que fingir a diario sonrisas y amabilidades, que estaba muy lejos de sentir. Su único ideal era encontrar un hombre honrado, distinto, totalmente distinto de los que la aplaudían y agasajaban constantemente, que la redimiese de aquella vida falsa y sin afectos.

En *Broadway*, el barrio de los grandes *restaurants*, en plena noche neoyorquina, millares de luces eléctricas combinadas en atractivos anuncios, invitaban a acudir a los lugares de despreocupación, donde la vida tiene un velo para cubrir la tristeza y se muestra hipócritamente bella y digna de alabanza.

Destacando entre todos por su lujo, estaba el

5
Restaurant Royale, donde no penetraban más que los privilegiados de la fortuna.

Creighton Noward, huérfano de padre, un poco romántico y más que un poco reconcentrado de carácter, estaba profundamente enamorado de Lirio, aunque no había sabido apreciar aún la belleza de alma y la nobleza de sentimientos que se ocultaban bajo las galas, el oropel y las fingidas sonrisas de la bailarina.

John Stewart, un elegante de cartón, tenía la misión de atraer y divertir a los clientes que venían de otras ciudades, a costa del *Restaurant Royale*, que le pagaba un sueldo por este servicio.

Ante la mesa que ocupaba, Stewart y varias mujeres, "mariposas de salón", hallábase sentado Frank Thomson, joven pueblerino de temperamento impulsivo, que acababa de llegar a Nueva York. Atraído al *Restaurant Royale* por aquel asalariado, no salía de su asombro ante lo que contemplaban sus ojos.

De pronto, Thomson se fijó en el anillo que llevaba en un dedo, y su pensamiento voló hacia dos queridos seres: su madre y su novia.

A esta última dijérale, antes de marcharse él del pueblo:

—La próxima salida que yo haga hacia Nueva York, la haré contigo: será nuestro viaje de novios.

La enamorada prometida sonreía y deseaba que "eso" fuera pronto.

La madre de Thomson, encantada de lo que acababa de oír, abrazó a los novios, y le dijo a su hijo:

—Hijo mío, quiero que lleves como recuerdo mío, mi propio anillo nupcial. Está un poco antiguo, pero puedes mandarlo montar a la moderna en Nueva York.

En todo eso pensaba Thomson, cuando Stewart lo arrancó a su ensimismamiento:

—¡Anímese, hombre, que va a ver al Lirio!

El provinciano abrió los ojos en dirección a la cortina por donde aparecían los artistas, y quedó maravillado de la singular belleza de la aludida bailarina.

La escasa pero lujosísima ropa con que cubría Lirio su armonioso cuerpo, y su hermosura sin par, vencieron el corazón de Thomson, quien exclamó, con toda su alma:

—¡Caramba, esa muchacha es preciosa!... Daría cualquier cosa por serle presentado cuando termine su número.

—Yo puedo complacer a usted—dijole Stewart.

—Se lo agradecería muy de veras, señor.

Poco después, Thomson y Stewart eran recibidos por Lirio en su camarín; el segundo presentó al provinciano; y por un momento, éste y la bailarina hablaron—él turbadísimo y ella interesada por la ingenuidad del nuevo admirador—de cosas triviales, como suele ocurrir en estos casos.

Thomson miraba a Lirio como si ella fuese una estatua de diosa, lleno de amor hacia ella.

—Señorita... no sabe usted la alegría que el señor Stewart me ha causado facilitándome el poder tenerla a usted a mi lado.

—¿Tanto me admira usted en mi arte?

—Es usted la mujer más adorable que yo he visto... como artista y como mujer nada más.

—Todos los hombres me dicen lo mismo, señor Thomson. No parece sino que copian unos de otros. Las mismas palabras; el mismo interés; el poquín de vanidad; todo, en fin, es rutinario en ustedes cuando visitan a una... artista. ¡Diga usted que no!

—Respeto su opinión acerca de los hombres; sin

embargo, permítame que yo le confiese que todo lo que yo haga es exclusivamente de mí mismo, sin influencia de nadie ni de nada a no ser mi alma y mi corazón. Yo no soy un galanteador profesional, como usted acaso ha podido suponer.

—¿No es usted de aquí?

—No, señorita; vivo con mi madre en tranquila provincia.

—Y ha venido usted a Nueva York a sacudir un poco el monótono correr de los días allá en su rincón..., ¿no?

—No es la primera vez... Tengo varios asuntos... Pero le aseguro que jamás tuve durante mis más o menos cortas permanencias aquí la dicha de ver unos ojos como los que me turban con sus miradas en ese rostro tan fino, delicado, de juguete que usted tiene... para enamorar.

—Señor Stewart, luego dirán que los provincianos no conocen las reglas de la etiqueta en boga en la capital. Yo creo que el señor Thomson puede poner cátedra.

—Me encanta su risa, Lirio: es prueba de que mi modesta persona no le causa "estorbo", y que el tolerar mi presencia no fuerza su voluntad.

—Es cierto, señor Thomson; su compañía me ha sido muy agradable. Felicito al amigo Stewart por el buen gusto que ha tenido en esta ocasión. Pero, ahora, señores, como yo sigo con esta indumentaria...

—Permítame usted, Lirio... Si está usted sola, sería para mí un honor acompañarla hasta su casa.

—Ya veremos...

—¿Es usted libre?

—Como un pájaro... que lo sea.

—¿Entonces?...

—¿Quieren ustedes dejarme un momento para que me vista?

—La aguardaré ahí afuera; ¿quiere?

—¿Es usted paciente?

—Por usted, sí. Por usted...

—¡Por usted todo! ¡Le han sacado a usted del mismo molde de los demás!

—Yo soy lo que a usted más le guste que sea...; pero yo la esperaré...

Thomson salía del camarín y fué a liquidar su cuenta... y la de Stewart y las mujeres, con el camarero, para apostarse en seguida a la puerta del cuarto de la bailarina.

Entretanto, Stewart, codicioso de Lirio, quedaba solo con ella.

—¿No me dice usted nada, muñequita de mis ansias?

—¡Ah, sí! Muchísimas gracias por las perlas... ¿A quién debo agradecerse las, a usted o a la Compañía para la que trabaja?

—Es una atención personal mía. ¿Por qué no quiere usted creerme? Estoy locamente enamorado de usted.

—¡Qué tontería!

—Tendrá usted cuanto pida...

—¿También su apellido?

—No sea usted exigente, Lirio. Bien sabe usted que si pudiera...

—¡Bah! No hablemos más. Yo no puedo consentir en combinaciones desastrosas. Usted no es libre... aunque su vida no pueda ya serlo más.

—Pero usted, Lirio, necesita...

—No hablemos más, Stewart: se lo suplico.



Creighton Noward entró en el camarín de Lirio en el momento en que Stewart se marchaba de él.

La presencia de aquel empleado elegante del *Restaurant Royale*, en el cuarto de la artista, no le inspiraba más que un temor superficial.

En cambio, cada vez que comprendía que Lirio aceptaba cualquier invitación de otros hombres, el desapecho de los celos roía su orgullo.

Por eso, al ver a Thomson en espera junto al camarín, preguntó a Lirio, a quien su intempestiva visita le desagradaba en extremo:

—¿Está aguardándola a usted ese joven, Lirio?

—¿Por qué no? ¿Acaso le molesta a usted?

—No olvide usted que si tiene capricho por algo, bastará que me lo pida, y se lo entregaré sin vacilar.

—¿Y si se me ocurre pedir la luna, o dos o tres cositas por el estilo?

—Un hombre no puede ofrecer más que lo que está en su mano.

—Y usted, ¿qué puede ofrecerme?

—Poseo una preciosa casa de campo, que pongo a su disposición... A usted le hace falta el aire campestre... ¿Por qué no acepta mi ofrecimiento?

—Creighton, ese ofrecimiento no me satisface... Pruebe otra cosa.

—Pídala usted misma...

—Es inútil.

Tras esta réplica, Lirio desapareció hacia su *boudoir*, del que llegó al poco, ante Creighton, la doncella negra de la artista, para decirle:

—La señorita me encarga que le dé las buenas noches.

Creighton salió del camarín, con no escaso enojo, el cual aumentó al volver a cruzarse con Thomson, que seguía en espera.

No fué en vano que el provinciano estuvo plantado dos horas a la puerta del cuarto de la ar-

tista, pues ésta, sinceramente interesada por él, dejó que la acompañase.

No quiso Lirio trasladarse a su casa en "auto"; el paseo a pie en grata compañía le sentaría bien. Por su parte, Thomson procuraba, para retener más tiempo a su lado a Lirio, alargar el camino...

—Créame usted, señorita; necesito que me crea; nunca he sido tan feliz como lo soy esta noche. Yo la he soñado a usted muchas veces. ¡La he besado en imaginación! Es usted mi ideal... ¡Qué bella, qué linda mujer es usted!

—¿Debo creer que soy una mujer extraordinaria?

—Para mí, Lirio, es usted el compendio de todas las mujeres.

—Pero, Thomson, no es posible que se haya usted enamorado de mí... Sería algo muy curioso... Si apenas me conoce...

—No necesito saber más de lo que ya me sé: mi corazón no me engaña; la quiero a usted.

—¿Cómo entiende usted el amor?

—Como usted me lo hace sentir.

—¿No ha amado usted nunca?

—...No... Nunca...

—¿No dejó usted allí en su pueblo una novia que cree en sus promesas?

—...No... Mi cariño—aparte de mi madre—no pertenece a nadie. Sin embargo, ahora...

—¿No teme usted entregar su corazón a la ligera a quien tal vez menos lo merece?

—No, Lirio; yo he visto en sus ojos la pureza de sus sentimientos. Yo sé que, si usted puede quererme, mi vida a su lado sería un eterno placer.

—¿Y si yo le dijese que no creo en el amor de los hombres?

—Es un error juzgarnos en virtud de las hazañas de algunos. En el mío puede usted tener fe.

—Accedo a concederle un poquitín más de cré-

dito que a los otros. Pero de eso a conquistarme... Ya hemos llegado. Suba usted hasta el piso... sin entrar. Es aquí.

—¡Qué feliz sería yo si pudiera trasponer el umbral de esa puerta!

—¿Sólo con eso?

—Sí, porque al pisar algo que realmente respire el perfume de su vida privada, quisiera hacerlo únicamente con la seguridad de haber logrado de usted correspondencia a mi pasión.

—Entretanto, suponiendo tan sólo que pueda llegar ese caso, le despido en el rellano de la escalera.

—Adiós, Lirio. ¿Podré tener el gusto de ver a usted mañana?

—Generalmente, suelo salir a las once a dar un paseo por el parque.

—Iré.

Y Thomson se marchó hacia el hotel en que se hospedaba, con la esperanza de haber tocado con la varita mágica de la ilusión el alma de Lirio.

Era cierto. Las mujeres de corazón y sentimientos nobles suelen meditar poco sus decisiones en materia de afectos y se dejan llevar de sus naturales impulsos. Lirio era una de ellas; y creía haber encontrado el hombre distinto de los demás, con el que tanto había soñado.

Al día siguiente, Thomson volvió a ver a su "ídolo".

Fué, como convenido, en el parque, donde, como es indudable el poder del reclamo y la publicidad, Lirio se exhibía, a la hora que más concurrido estaba, por imposición de su contrato con el *Restaurant Royale*.

Acompañándola, Thomson le decía quedamente a Lirio, acariciándola con sus apasionadas miradas:

—¡Estoy orgulloso, Lirio, de que me vean en público en compañía de usted!

—¿No será porque ello halaga su vanidad?

—No, Lirio; sino porque quiero que todos sepan que yo la adoro. ¡Si no puedo negarlo! ¡Si salta a la vista que yo estoy verdaderamente trastornado por usted! ¡Si hasta sería capaz, Lirio de mi vida, mi Lirio, de romper con todo miramiento para estrecharla aquí mismo contra mí!

—¡Pues cálmese usted, Thomson! ¡No se reíría poco la gente y no poco partido sacarían de ello los periódicos? Además, señor demente, para cometer tal imprudencia públicamente creo que debiera antes descontar mi consentimiento, o ¿se figura usted acaso que yo estoy dispuesta a dejarme besar por el primer admirador "sin cuerda" que pierda la cabeza totalmente?

—Yo sé que usted empieza a creer en mí...

—No haga usted caso...

—Confío en que pronto creará usted en mí del todo.

—Si es usted profeta...

—No puede usted negar que ya me quiere...

—¡Qué infantil es usted, Thomson!

—¿Sabe usted lo que yo quisiera ser en estos momentos? Su faldero.

—¿Mi Lulú?

—Para recibir esas caricias...

—¡Qué gracioso!

Y siguió el paseo; y las ocurrencias de Thomson también.

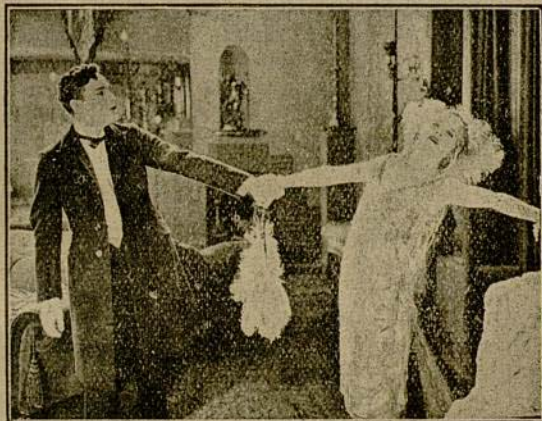
Lirio le escuchaba con deleite; cosa que no lograrán jamás sus más adinerados y fervientes admiradores.

Y el joven provinciano se quedó en Nueva York mucho más tiempo del que se había propuesto, fascinado por el oropel del Lirio Dorado; rindiéndose sincero culto de día, y soñando con él de noche.

Y llegó lo que tenía que llegar: la hermosa mu-

jer quedó presa en la red del amor. Fué para Lirio, el día de tal revelación, un fausto día. Acostumbrada a presentarse siempre ante los demás tan distinta de lo que era en realidad, sintió una profunda emoción al descubrir a Thomson el secreto de su corazón y mostrarle la belleza de su alma.

La existencia de Lirio y Thomson, como novios, se deslizaba pletórica de ensueños. Lirio gozaba como nunca al sentirse renacer a una vida incom-



Lirio gozaba como nunca al sentirse renacer a una vida incomparablemente bella.

parablemente bella.

Pero, un día, de visita, por la mañana, Thomson en casa de Lirio, ésta notó en él abatimiento y tristeza, apresurándose a inquirir la causa.

—Dime, Frank, ¿por qué estás preocupado?...
¿No eres feliz?

—Sí, Lirio, pero es que esta tarde tengo que irme

a mi casa... Ya no puedo retrasar más mi viaje. Mi madre me reclamó.

—Si es necesario...

—Indispensable. Pero antes de marchar quiero repetirte que te adoro, y que nadie podrá oponerse a nuestra dicha.

—No quisiera escuchar esas palabras de tus labios, Frank, si no son absolutamente sinceras.

—¡Lo son, Lirio!... Yo quiero casarme contigo, y lo que me preocupa es la lucha que voy a tener que sostener con mi madre.

—¿Hablas en serio, Frank?... ¿No me engañas al decirme que quieres casarte conmigo?

—¡Ansío llamarte "esposa mía"!

—¡Esa ha sido mi ilusión de toda la vida, Frank! ¡Encontrar un hombre como tú; un hombre de honor que me hiciera su esposa!

—¿No viste pues en mi amor, desde un principio, esta intención mía?

—Dudaba, Frank... dudaba, a pesar mío.

—¿Y ahora, dudas aún?

—Ya no, Frank. Has pronunciado las palabras que mi corazón reclamaba de ti para ser sólo tuyo. ¿Volverás pronto?

—En el más breve plazo posible.

—¡Los días me parecerán siglos!

—¿Tanto me amas, Lirio?

—¡Oh, sí, Frank! Si me dieras un desengaño, me moriría de pena.

—¿Un desengaño yo? ¡Pero, Lirio!...

—No he podido rechazar ese absurdo temor. Perdóname, Frank, y regresa pronto.

La despedida fué pródiga, fantásticamente pródiga de caricias. Sin embargo, Lirio podía esperar con la frente muy alta el regreso del amado. En su mutuo entusiasmo llegaron al borde del olvido de sí mismos, mas Lirio supo a tiempo proteger

su pureza. Esa mujer no era lo que muchos se figuraban.

Partió Thomson hacia su hogar.

Y a la cálida luz del carísimo del joven, El Lirio abandonó el oropel que lo cubría, para florecer de nuevo, blanco y deslumbrante de hermosura.

Lo primero que hizo fué dirigir al Director del *Restaurant Royale*, la siguiente carta:

...y espero que no tomará usted a mal que le devuelva mi contrato. He aprendido lo que es el verdadero amor, y tengo el deber de despedirme para siempre del Restaurant Royale y de mi antigua vida. Adiós.

Lirio.

Después de esto apartó todo el vestuario que en adelante consideraría como desaparecido.

En esta operación la sorprendió Creighton, que fué a visitar a Lirio en su propia casa.

—¿Quiere decir está que se va usted de Nueva York?—le preguntó.

—No, es que estoy destruyendo el oropel de mi vida pasada—respondió Lirio. Y acercándose a una ventana, desde la que miró a lo lejos—: ¡Adiós, Broadway! ¡Ya era hora de que te perdiega de vista!

—¿Qué va usted a hacer pues?

—Esperar.

—¿Esperar qué?

—Que el amor vuelva.

—¿Para convertirse en ama de casa, a juzgar por ese libro de "Consejos prácticos" para las que lo son?

—Sí, Creighton...: para casarme.

—Entonces, el provinciano ha vencido gloriosamente.

—Ha sabido comprenderme, y mi amor hacia él es inmenso.

—No creía que esa aventura tendría tan brillante epílogo. En fin, no quiero molestarla en su trabajo de "cambio de vida". Yo siempre seré un sincero admirador suyo, Lirio. Creo que no la disgustará a usted que me permita visitarla de cuando en cuando.

—¿Para qué, Creighton? ¿Para hablarme del *Restaurant Royale* y de su casita de campo?

—Para hablar con usted unos minutos de lo que



—*Ha sabido comprenderme, y mi amor hacia él es inmenso.*

más prefiera.

—Mi casa, Creighton, no se ha cerrado para nadie.

De regreso en su domicilio, allá en su provincia, donde los horizontes eran tan distintos y las cosas se entendían de tan diversa manera, Thomson,

nervioso, inquieto y enfermo, sólo pensaba en Lirio.

No había confesado a su madre aún el secreto de su compromiso con Lirio.

Mas el momento de la revelación llegó, cuando la madre del joven le habló de su proyectado matrimonio con la novia por ella elegida.

—¿Cuándo vas a anunciar tus esponsales con Alyne?

—No puedo casarme con ella, mamá... Amo a otra joven.

—¡Oh, Frank, hijo mío, bien sabes que la ilusión de mi vida ha sido tu enlace con Alyne! No puedo pensar que vas a desobedecerme.

—No se ponga usted así, por favor, madre. Mi corazón tiene derecho a inclinarse hacia la mujer que más parece convenirle, y esa no es Alyne. De modo que...

—¡Basta, Frank! No puedo escucharte. Medita bien sobre lo que vas a hacer. Si desoyes el consejo de mis canas, se menguará irremediabilmente el cariño que te tengo. Reflexiona, hijo mío, reflexiona.



Lirio, en espera del retorno del amado, sabía vivir la vida sencilla y retirada de su hogar, mucho mejor que la alegre y cascabelera existencia del Broadway regocijado.

Creighton, en una de sus frecuentes y cortas visitas, halló a Lirio en faena de costura.

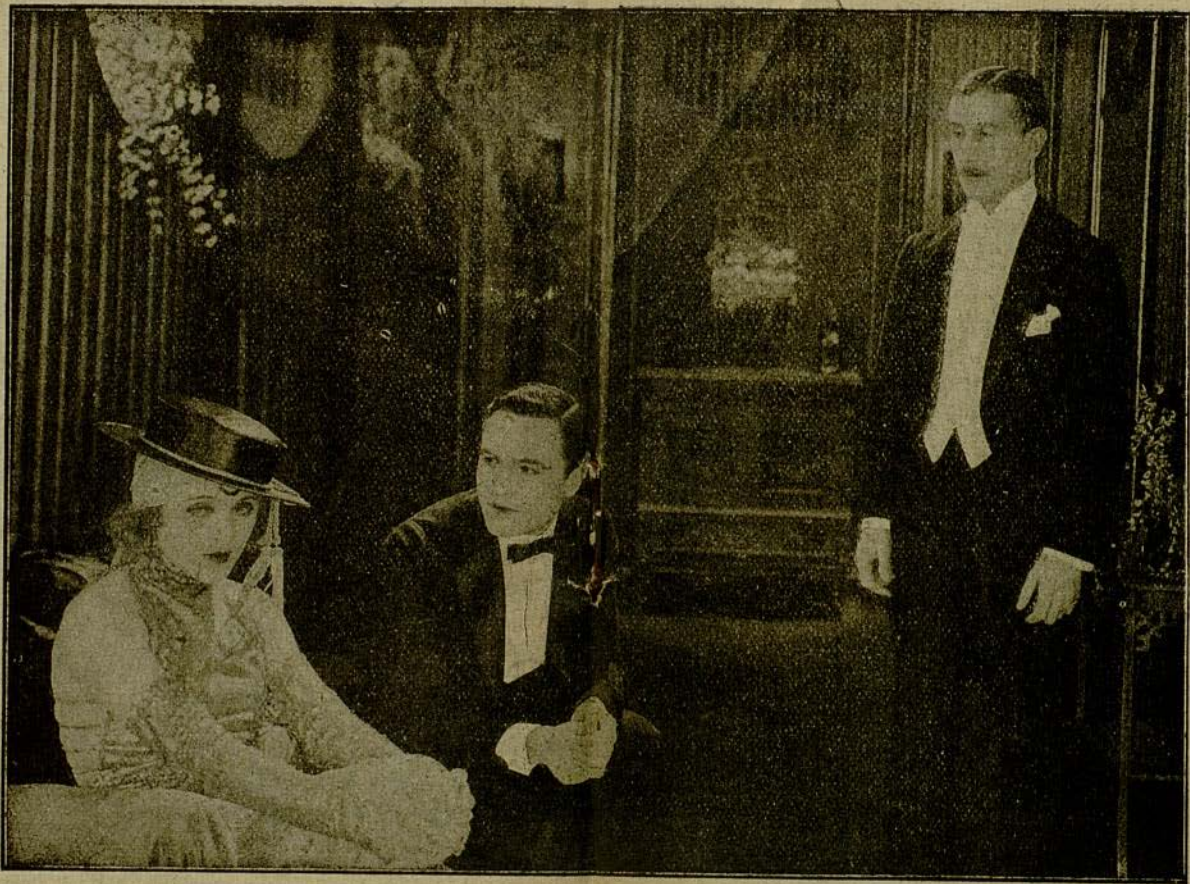
—Veo que le ha tomado usted mucha afición a la aguja, pero permítame que le diga que tiene usted con ésta la misma habilidad que un oso...

—Muy galante.

—Dispéñeme la comparación... Es un decir.

—Más tarde o más temprano adquiriré maestría.

—Pero ¿qué necesidad tiene usted de trabajar?



—Todos los hombres me dicen lo mismo, señor Thomson. No parece sino que copian unos de otros.

¡Cuántos hombres se arruinarían por su hermosura!

—Le encarezco una vez más que no me hable así.

—No puedo creer que usted se amolde a una vida tan monótona como la de remendar calcetines, después de haber sido admirada como algo sobrehumano por la mejor sociedad neoyorquina. ¿Quiere usted que yo la ayude, ya que hoy no gana usted nada?

—No, Creighton. Y le agradeceré no insista más. Ya sabe que agradezco sus visitas; mas me hacen daño sus ofrecimientos de protección. Yo nunca he sido lo que otras. Si he ganado tres he procurado no gastar más que uno. No soy rica. Lejos de ahí; pero dispongo de fondos suficientes para vivir hasta que me case.

—Es asombroso cómo me da usted siempre lecciones. Cada vez que salgo de su casa me pregunto: ¿es posible que Lirio sea la mujer que acaba de hablarme de su porvenir en una casita con su marido y tres o cuatro pequeñuelos, sin doncellas ni criadas? Y es que yo soy un hombre escéptico. Lirio. Por eso es por lo que dudo que usted llegue a casarse con Thomson.

—Según usted, pues, soy una mujer sin voluntad propia, que no sabe lo que hace, ¿no?

—Algo así, en verdad.

—Hace tiempo que sé que piensa usted eso de mí; mas yo sabré demostrarle que el equivocado es usted.

—Deseo con afán recibir la lección completa. Mientras, persistirán mis rebeldías a creer.

Poco después de haberse marchado Creighton, Lirio recibió, de Thomson, este telegrama:

Llego siete quince esta tarde. Madre se opone, pero cederá en cuanto te conozca. Si no te parece

mal espérame a comer; tenemos mucho que hablar.
Frank.

Lirio echó al aire un canto de alegría, besando ese parte portador de la buena nueva. El punto negro—la oposición materna—que en él había, no fué óbice para llenar de gozo su pecho. Lo esencial era que Thomson volvía; que a pesar de todo no renunciaba a ella; que, en fin, confiaba en suprimir el apuntado obstáculo, sin recurrir a más medios que el de la presentación de ella misma.

Alborozada, Lirio ordenó a su doncella que fuese a buscar flores, y pasteles... y fiambres... y todo lo que hiciera falta; y que luego pusiera la mesa, con dos cubiertos.

El tren que conducía a Thomson devoraba las distancias como un bólido.

En el mismo vagón que aquél viajaba una de esas personas que todo lo husmean y que son, además de magníficas fisonomistas, una notabilidad para recordar nombres y apellidos.

Esa persona, apenas llegada a Nueva York, fué a comer en un *restaurant* en boga, y en él encontró a Stewart con dos o tres mariposas que libaban en su cartera a guisa de flor de oro.

—A propósito, Stewart, hoy vi a su amigo el provinciano en el mismo tren en que yo he llegado—le dijo.

—Ese es el niño bonito que tiene la culpa de que Lirio se haya retirado a la vida privada y abdicado su corona. ¡Qué tonta!—respondió Stewart, no sin enojo y envidia.

Una de las mariposas intervino así:

—Pues yo me retiré a la vida privada hace un año, y por poco me muero de aburrimiento y de asco.

—Lo mismo le sucederá a Lirio—afirmó Ste-

wart—. Apuesto cien dólares a que Lirio vuelve al Broadway en el término de un mes.

—Yo acepto esa apuesta—replicó la citada mariposa, apoderándose de los cien dólares y escondiéndoselos en el escote.

De aquel *restaurant* sin pretensiones de primera categoría, Stewart y las mariposas, sí que también el anunciador de la llegada a Nueva York de Thomson, se trasladaron al *Restaurant Royale*, para tomar café.

Lirio, en espera aún de Thomson, soñaba con una casita en el campo, a la que no llegase ni el eco de la algarabía del mundo.

Pero Thomson, por su parte, estaba harto de las dulzuras del hogar doméstico, y quería una casa a la moderna con lujo y fiestas: eran las sedas y el oropel, que cubrían la verdadera belleza de Lirio la primera vez que la vió, lo que le había gestionado.

No tiene pues nada de extraño que al presentarse Thomson en la transformada casa de la ex bailarina, donde ella le recibió con los brazos muy abiertos, sufriera un desencanto, que procuró disimular, al ver reducida, por su propia idea, a Lirio, en una modesta muchacha de hogar.

—¡Mi Frank! ¡Cuánto tardaste, amor mío!

—¡Mi Lirio! Perdóname. Me entretuve necesariamente en el hotel.

—No fué un reproche, mi vida, sino una prueba de mi anhelo de estrecharte en mis brazos. ¿Por qué me miras de ese modo?... ¿Es que te gusto más?...

—Sí... sí, Lirio... El negro te cambia mucho... Estás muy mona... Pero pareces otra...

Y a sus ojos, la vida que él había imaginado una flesta perpetua, comenzaba a tomar el aspecto de un día nublado, lluvioso e interminable.

Sin advertir el estado de ánimo de Thomson ante su propia metamorfosis, Lirio le fué contando todo lo que había hecho durante su ausencia:

—Ya sé coser, no te apures. He aprendido también a cocinar. Bella Donna, mi doncella, me ha asegurado que no soy torpe. Es un elogio que aprecio mucho. ¿No te alegras?

—Eres un encanto, Lirio.

—He querido convertirme en una mujer sencilla y útil en la casa, por ti... y por tu madre. Así, cuando ella venga a verme contigo, o tú me lleves a su lado, verá que no soy lo que se dice acerca de las artistas. ¿No me felicitas?

—No encuentro palabras bastantes para ello, Lirio de mi alma. Estoy seguro que mi madre ya no podrá negarse a darme su consentimiento así que se fije un poco, por poco que sea, en ti.

—¿Quieres que cenemos, y durante la comida me dirás todo lo bueno que tienes por decirme?

—¡Ah! Pues es verdad. Se me olvidaba avisarte. Tenía un asunto muy importante que resolver a mi llegada... No he acudido a la cita por venir a verte a ti antes, y me estarán esperando hace tiempo... Siento dejarte tan pronto, Lirio, pero no tengo otro remedio.

—¿No podrías telefonear a las personas con quienes estabas citado, disculpándote hasta mañana?

—No es posible, Lirio. Mucho lamento esta contrariedad, mas no me atrevo a poner en práctica tu idea. Mañana nos veremos.

—No dormiré en toda la noche esperándote. Leeré este libro de "Consejos prácticos".

—¿Qué es eso?

—Pues—claro, tú no lo sabes—, esto es una guía para la administración del hogar. Contiene datos de gran utilidad. Fíjate:

1—Los sombreros usados pueden utilizarse para adornar las habitaciones con flores artificiales.

2—Para quitar el olor de alcanfor en las ropas, no hay como el aire fresco. Deben colgarse en la azotea largo rato.

3—Las sardinas deben sacarse de la lata, apenas se abra ésta, teniendo cuidado de no dejarlas donde las alcance el gato.

4—Cuando llaméis por teléfono a vuestro marido, y él esté ocupado en su oficina, no insistáis, es mejor esperar a que vuelva a casa.

—Sí, sí, Lirio; esto es muy interesante para ti.

—¿No esperabas tú recibir esta sorpresa, verdad?

—En efecto; y así me ha causado mayor satisfacción. Y por hoy, bien mío, me separo, muy contrariado conmigo mismo, de ti. Adiós; hasta mañana.

—Adiós, Frank.

Se dieron las manos. Al contacto con las de Thomson, las de Lirio sintieron el nerviosismo que agitaba el ser del provinciano.

Y al cerrar la puerta, herida por la duda de la sinceridad del amor del primer hombre que llamó a su corazón, Lirio exclamó, implorando piedad al cielo:

—¡Oh, Dios mío! ¿Me habré equivocado?

Tan pronto se encontró Thomson en la calle, olvidóse completamente de Lirio, que no era ya la mujer que él soñara, y se dirigió hacia el *Restaurant Royale*, donde ya se hallaban, sentados ante una mesa, Stewart, sus mariposas y el amigo que viera a Thomson en el tren.

Stewart divisó el primero al "acaparador" de Lirio, y dijo a sus compañeros de "tertulia", mostrándoles al "reaparecido":

—¡Mirad quién está ahí!

—¡Atza! ¡El provinciano del cuento!—exclamó la más mariposa de todas las mariposas.

Stewart se apresuró a invitar a su mesa a Thomson, y desde aquel momento, el falso enamorado de Lirio vivió un género de vida anormal.

Pasó un día, dos y tres y cuatro... hasta una semana, y, cosa curiosa, una amiga—casi siempre son los amigos los que traen las peores noticias—de la familia Thomson, que vivía en la misma provincia, a su regreso de Nueva York a sus lares, enteró a la madre de Frank de la conducta de éste.

—...Le digo todo esto a fin de que usted tome las medidas que crea más oportunas para salvar a ese muchacho de la ruina. Está bebiendo como una esponja, y lo que es peor, he oído decir a personas de crédito, que ha caído en las garras de una de las mujeres de más mala fama de la ciudad.

Ante la inminencia de la perdición de su único hijo, la madre de Thomson se dispuso a ir a buscarle a Nueva York, pretextando a Alyne que era Frank quien la llamaba a su lado.

Parte de lo contado por la amiga de la madre de Thomson, era cierto, pues éste bebía y jugaba—perdiendo indefectiblemente.

En su casa, Lirio se consumía de dolor. El desengaño era atroz; y, sin embargo, tal era su amor, se resistía a creer que Frank pudiera olvidarse de ella como si no la hubiese conocido nunca.

Uno de aquellos días de angustia y lágrimas por parte de Lirio, visitóla Creighton, su constante admirador.

—¿Cómo le va, Lirio, en sus amores? A pesar de haber tenido grandes deseos de verla, no me he atrevido a venir antes por temor a molestarla a usted con su "futuro".

—¿Ha visto usted a Thomson?

—Sí... digo, no. Un amigo mío le vió el otro día. Yo me dije: "si vas a ver a Lirio y la encuentras con su "futuro", los dos te van a echar de la casa con sus miradas." Y opté por esperar que el calor del reencuentro le permitiese a usted unos minutos de plática conmigo. Pero no me parece encontrarla a usted de buen humor. ¿Quiere que me vaya?

—No, Creighton. Hoy más que nunca le agradezco la visita.

—¿Qué? ¿Ocurre algo, Lirio?

—Sí, hace días que no veo a Frank, y esto me tiene intranquila... No sé si estoy cometiendo un error queriéndole como le quiero. Sólo le vi el día que regresó de su provincia. Hoy hemos hablado por teléfono, y me ha prometido venir a las nueve para explicarme por qué no ha venido antes.

—Yo me marché a mi casa de campo, y he querido venir a despedirme... con la esperanza de que... hubiera usted cambiado de opinión...

—¡Nunca, Creighton!

—*Nunca* es demasiado tiempo... No olvide usted que yo esperaré *siempre*.

—Perderá usted el tiempo.

—Además, le he traído estas revistas: "La mujer de su casa" y "El cuidado de la casa", para su biblioteca de ama de hogar.

Aprovechando la embriaguez de Thomson, de la que eran culpables las mariposas de Stewart, éste había logrado herirle su amor propio diciéndole que si él no era capaz de ir con Lirio al *Restaurant Royale* era porque ella le había mandado a paseo.

—¡Mentira! Ella no hace más que lo que yo quiero—aseguró furioso Thomson.

Al poco se presentaba en casa de Lirio, al tiempo que Creighton salía de ella.

Los dos hombres se miraron de hito en hito; con

gesto de repugnancia, Creighton; con hostilidad, Thomson.

Sin saludarla, éste, apenas frente a Lirio, le preguntó:

—¿Qué estaba haciendo ése aquí?

—¡Por Dios, Frank, en qué estado vienes!

—¡Es igual! ¡Contesta! ¡Yo ya sé lo que me digo!

—Ha venido a despedirse, porque se marcha al campo.

—¿Conque al campo, eh? Ese es el que acabará por protegerte, ¿verdad?

—Calla, calla... Bien sabes que tú eres el único hombre a quien yo he querido... ¿Qué te pasa, Frank?... ¡Estás trastornado!

—¡Tú tienes la culpa!

—¿Yo?...

—¡Lo que quiero es alegría, vida!...

—¡No sigas, Frank!

—¿Por qué no eres como cuando te conocí?

—Renuncié a todo por tu amor, Frank. ¿Preferides que vuelva a la vida de antes?

—¡Sí, eso quiero! ¡Esta misma noche!

—No, esta noche, no, pero mañana verás otra vez al Lirio Dorado que conociste.

—¡Así me gustas, caprichito mío! Conque, hasta mañana. Vendré a buscarte. Adiós.

Lirio rompió a llorar, a solas con su doncella, exhalando lamentaciones de fracaso de sus más puros sueños.

—¡No me quiere! ¡El oropel era lo único que le atraía!

—Señorita, amita mía, no *yore*...

—Abre mis armarios y desempolva mis sedas y mis pinturas. Mañana vuelvo al Broadway.

Si la madre de Frank hubiera llegado un día antes, se habría sorprendido de la sencillez de Lirio. Pero, gracias a su propio hijo, encontró a aquel Lirio Dorado que todo el Broadway admiraba en sus danzas llenas de originalidad y de formas perfectas al descubierto.

La entrevista entrabas mujeres fué muy seca



—¡Lo que quiero es alegría, vida!...

por parte de la madre de Frank; muy dolorosa para Lirio.

—Soy la madre de Frank Thomson.

—¡Ah, señora! Me alegro mucho de que me proporcione usted el honor de recibir su visita.

—El paso que doy ha sido forzoso que lo diera.

—Siéntese... y diga usted lo que sea...

—¡Está usted arruinando a mi hijo! ¡Es preciso que renuncie a él!

—Señora... Yo he de decir a usted que Frank quiere casarse conmigo; que yo le amo; que él es el único hombre a quien he amado en mi vida.

—¡Y usted no sabe que se lo ha quitado a su novia, a la que él quiere desde la infancia y con la que debía casarse este año?

—No lo creo... ¡Frank me adora!

—No puedo creer que mi hijo se haya enamorado de una mujer de la casta de usted... Además, ¿qué sabe usted de amor, del verdadero amor?

Lirio, dolorida, y llorando su corazón, quería gritar muy alto que el deslumbrante vestido que llevaba en aquel momento era a imposición de Frank; que ella había abandonado por completo su al parecer—al parecer nada más—ligera vida; mas no pudo articular una sola palabra. La emoción se agolpaba en su garganta.

—¿Cuánto quiere? ¿Cuál es el precio que usted exige por dejar en paz a mi hijo?—prosiguió la madre de Frank.

Lirio pudo al fin responder a la afrenta:

—¡Si su hijo estuviera aquí, no le permitiría a usted que me insultase de ese modo! Su hijo y yo tenemos derecho a nuestra propia dicha, y nadie podrá interponerse entre los dos.

—Si mi hijo está loco, yo debo velar por él.

—¡No renunciaré a él! ¡No, no, y no!

—Por las buenas... o por las malas, mi hijo se separará de su peligrosa compañía.

—¡Váyase usted! ¡Váyase, se lo ruego, antes de que olvide que es usted su madre!

Marchóse ésta temerosa de que en su exasperación Lirio cometiera una barbaridad.

Y la pobre artista, dominada por la idea fija de reconquistar su fracasado amor, que no en va-

no había sido el primero de su vida, volvió al día siguiente al Broadway y a su antigua vida de bailarina, con el corazón partido de dolor.

El regreso de Lirio fué sensacional. Hasta el *maitre d'hôtel*, escéptico y acostumbrado a todo, quedó asombrado.

Lirio bailó como nunca. Estaba más bella que nunca.

Frank, ebrio de deseo y de alcohol, voceó allí mismo, mientras Lirio bailaba:

—¡Eso es, Lirio! ¡Así te quiero yo!

Pero en aquel momento, al oír la voz ronca y grosera del único hombre amado, comprendió que aquella no era la voz del amor, del verdadero amor, y el dolor del desengaño venció a la pobre artista.

Se dejó caer al suelo. Y ya en su camarín:

—No puedo continuar—balbució.

—¿Qué significa esto?...—inquirió Frank sin consideración de ninguna especie, brutalmente.

—Ya no puedo más. Vine por complacerte, pero ya no puedo más.

—Te adoro, Lirio. ¡Estoy loco por ti!

—¡Si ese es el amor que me ofreces, no lo quiero!

—Comprendo...—dijo Frank, viendo ante sí a Creighton—. Te has cansado de mí... y quieres que sea yo quien te deje. ¡Pero no te saldrás con la tuya, te lo juro!—Y se fué, murmurando improprios.

Creighton, atento y cortés, aconsejó a la artista:

—Vístase usted, Lirio, y váyase de aquí cuanto antes. Este no es su ambiente: al fin lo he visto claro y no puede usted figurarse lo que ello me alegra.

Lirio obedeció como un autómatas, y Creighton le ofreció la protección de su brazo. Al abandonar su camarín, Lirio se despidió definitivamente de él:

—¡Me voy, sí, me voy para siempre!... Todas mis ilusiones están hechas pedazos. Ya nada me importa.

Al enterarse Frank de que Lirio había salido con Creighton, voló a la casa de ella y, loco de despecho, tras de un cruce de palabras entre los dos rivales, el primero disparó un revólver en dirección al segundo, mas Lirio cubrió con el suyo su cuerpo.



...disparó un revólver en dirección a su rival, mas Lirio cubrió con el suyo su cuerpo.

Convencido de haber dado muerte a Lirio, Frank, presa de pavorosos remordimientos, huyó a ocultarse de la justicia.

Afortunadamente ni Lirio ni Creighton resultaron heridos. Hubo tan sólo el lógico desvanecimiento de la pobre joven, una vez repuesta del cual Creighton le preguntó:

—Y ahora, ¿qué va usted a hacer?

—No sé.

—¿A dónde va usted?

—No sé... Supongo que a morirme de vergüenza y de dolor.

—No, Lirio. Usted vendrá conmigo. ¿Vamos?

—Vamos—musitó Lirio.



—No, Lirio. Usted vendrá conmigo. ¿Vamos?

¿Había terminado, pues, irremisiblemente el ensueño de Lirio? ¿Eran una vana esperanza, perdida para siempre, el hogar tranquilo y el marido cariñoso?

No; porque el Destino protegía a la mujer que había sabido conservarse buena en un ambiente malsano.

Lirio ignoraba que en la casita de campo de Creighton había una respetable anciana. La vió sentada en un mullido sillón. Se acercó a ella. Al advertir la presencia de la joven, la dama le cogió una mano y dijo con dulce entonación:

—¿De modo que usted es la jovencita de quien



—¿De modo que usted es la jovencita de quien mi hijo me ha hablado tanto?

mi hijo me ha hablado tanto, y que tenía la esperanza de traer aquí algún día?

—¿Yo?...

Creighton la sacó de dudas:

—Es mi madre... La única mujer que yo he amado antes de conocerte como ahora te conozco, Lirio.

—Bienvenida seas, hija mía, en esta casa—añadió la anciana.

Lirio, desconcertada agradablemente, murmuró:

—Pero, Creighton...

—No censures mi conducta... ¿Crees que te acostumbrarás a quererme, como yo te quiero, sabiendo lo que vales?

—Lo procuraré...

—Y yo esperaré siempre... ¡siempre!

Lirio sonrió a su "futuro", echó su cabeza sobre su pecho, y, fija su mente en el brillante porvenir que la llamaba, susurró:

—Quizá no tengas que esperar mucho.

Y la simpática viejecita sonreía.

FIN

Prohibida la reproducción

Compre Vd. sin vacilar el 12.º libro de
la BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

**EL MILAGRO
DE LOS LOBOS**

Preciosa novela de amor

Este número ha sido sometido a la censura militar